

QUE SEA UN HOMBRE

3- La humildad, la normalidad

La humildad

Quien alardea de sus dones se hace odioso a su prójimo y cae mal en cualquier ambiente; la humildad, aun como virtud natural (sin la gracia), puede muy bien llamarse *virtud social*, y habla también de cierta ubicación espacio-temporal de la persona; ubicación que llevó a decir, a un sabio de la talla de Sócrates, aquel famoso «solo sé que no se nada».

Llevado esto al plano de lo sobrenatural, digamos que es sencillamente imposible que una persona sea santa sin ser humilde. Visitando un santo un convento de religiosas con la misión de confirmar la fama de santidad de una de ellas, estando todas reunidas preguntó «Me han dicho que hay una hermana de este convento que tiene fama de santidad... ¿quién es?». A lo cual respondió una de ellas, con voz finita y trémula, levantando tímidamente su mano: «yo». De más está decir que esto bastó al santo para darse cuenta que no lo era...

Cuanto mejores nos volvemos, menos conscientes somos de nuestra bondad. Si alguien admite ser un santo, está cerca de ser un demonio. Jean Jacques Rousseau creía que de todos los hombres, él era el más perfecto, pero tenía tantas grietas en su alma que abandonó a sus hijos después de su nacimiento. Cuanto más santos nos volvemos, menos conscientes somos de ser santos. Un niño es simpático, siempre y cuando él no sepa que es simpático. Tan pronto como cree que lo es, se convierte en un niño engreído. La verdadera bondad es inconsciente. **(Fulton J. Sheen)**

Por último, el santo no es un “aparato”, ni “cuadrado”, ni “triste”... sino que en muchas cosas pasa “como uno más”, y en lo que aparece un tanto fuera de la norma, es el amor el que lo impulsa a tanto, ya que cuando es excesivo tiene ciertas características que quien no ama no conoce ni entiende.

La normalidad

Acerca de esa *normalidad*, decía el P. Castellani que «el santo es el que reza con los ojos abiertos», es decir, que es capaz de vivir una intensa vida interior, sin que nadie lo note. Por eso, de los primeros cristianos –con esa intensa vida de fe quizás no repetida nuevamente en la historia– dice la Carta a Diogneto:

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su país, ni por la lengua, ni por el vestido. No habitan en ciudades que sean exclusivas de ellos, no se sirven de ningún dialecto extraordinario, su régimen de vida no tiene nada de particular. Están repartidos por las ciudades griegas y bárbaras, según le ha tocado en la vida a cada uno; se adaptan a las costumbres locales en cuanto a la forma de vestir, a los alimentos y al estilo de vida, al mismo tiempo que manifiestan las leyes extraordinarias y paradójicas de su manera de vivir.

Normalidad, decíamos, que sin dejar de ser tal, es llevada a los extremos por la intensidad del amor:

Hay, en el mundo moderno, hambre de posiciones definidas... [Hambre de] Santos, santos, **hombres chiflados por su ideal**, para los cuales Cristo sea una realidad viviente, su Evangelio un código siempre actual, sus normas algo perfectamente aplicable a mi vida, y que trata de vivirlo... hombres que se esfuercen en amar y servir a sus hermanos, como Cristo los serviría: esos son los conquistadores del mundo. (...) más santidad; menos palabras y más testimonio de vida.¹ **(San Alberto Hurtado)**

Normalidad que los hace felices y así se presentan ante los demás:

Teresa de Jesús, reformadora del Carmelo y famosa también ella por su rigor monástico, rezaba diciendo: «Líbrame, Señor, de las devociones tontas y de los santos con expresión amarga». A pesar de su austeridad, era impetuosa, y son célebres sus ocurrencias, así como su costumbre de poner nombres simpáticos a todos. Tanto es así, que sus monjas le pedían siempre que participara en sus veladas recreativas, aunque esto pudiera suponer algún afectuoso regaño.² **(Lía Carini Alimandi)**

Normalidad, amor exuberante, felicidad... pero también **iniciativa** y **originalidad**... así fueron (y son), según Benedicto XVI, los santos, y por eso, hacia esto tiene que apuntar la Iglesia:

Le pregunto [dice Messori]: ¿habría preferido una Iglesia con centro no en Italia, sino en Alemania? ¡Qué ocurrencia! (contesta riéndose el cardenal Ratzinger). Tendríamos una iglesia demasiado organizada. Imagínese que solamente en mi arzobispado había 400 funcionarios y empleados, todos bien retribuidos. Ahora bien, sabemos que cada oficio tiene que justificar su propia existencia produciendo documentos, planificando nuevas estructuras, organizando asambleas. Sin duda, todos tienen la mejor intención. Pero con harta frecuencia ocurría que, con tantas 'ayudas', los párrocos se sentían más cargados que aliviados (...). Es preferible el espíritu italiano que, al no organizar demasiado, deja **espacio para los individuos, para las iniciativas, para las ideas originales** (...). **Todos los santos fueron hombres de imaginación, no funcionarios del aparato; fueron personajes que parecían quizás hasta 'extravagantes', aunque profundamente obedientes, y al mismo tiempo hombres de gran originalidad e independencia personal.** Y la Iglesia –no me canso de repetirlo– tiene más necesidad de santos que de funcionarios. (...) La estructura tiene sus exigencias, pero éstas no deben sofocar a la persona.³

Y todo esto hace del santo “signo de contradicción”:

El santo es una medicina, porque es un antídoto. A la verdad, esa es la razón de por qué el santo es de ordinario un mártir; se le toma por veneno porque es un antídoto. Sucede de ordinario que él vuelve al mundo a sus cabales exagerando lo que el mundo olvida, que no es siempre el mismo elemento en todas las edades. Sin embargo, cada generación busca su santo por instinto, y él no es lo que la gente quiere sino lo que la gente necesita (...) la paradoja de la

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005², p. 139.

² LÍA CARINI ALIMANDI, *¿De qué se ríen los santos?*.

³ Extractado de J. RATZINGER y V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, pp. 75-76.

historia consiste en que a cada generación la convierte el Santo que más la contradice.⁴
(Chesterton)

Por eso no nos sorprendamos si en nuestra vida, a pesar de lo *nada* que somos, si tenemos el firme propósito de llegar a ser santos –con la gracia de Dios, por supuesto– nuestro ser y nuestro hacer, moleste un poco; es algo revelado: «*Y todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones*» (2Tm 3, 12). Temamos más bien cuando todo y todos, sistemáticamente y siempre, nos sonrían, ya que siguiendo las reglas de la lógica, podemos poner en negativo la sentencia, sin que pierda verdad, y sería así: «*los que no sufren persecuciones, no aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús*».

La santidad, en efecto, jamás pierde su fuerza atractiva, no cae en el olvido, nunca pasa de moda; es más, con el tiempo resplandece cada vez con mayor luminosidad, expresando la perenne tensión del hombre hacia Dios.⁵ **(Benedicto XVI)**

Para ser santos tenemos que imitar a Cristo. Ser otros Cristos. Él es la regla de nuestro obrar. Tratar de imaginarme a Cristo, verlo en los misterios, compartir con Él, pensar cómo haría las cosas, ese es el secreto. No hay otro. Mi mejor versión es cuanto más Cristo soy.

Uno puede pensar que si trato de imitar mucho a Cristo perdería “mi originalidad”, pero en realidad Cristo es Dios hecho hombre, por eso no puedo vivir su vida exactamente (vivir hace 2000 años, caminar por donde Él caminó etc.), pero cuando trato de imitarlo lo que hago es ser “mas yo”, es cuando más lo dejo a Él **ser** en mí.

Ninguna vida fue a la vez tan ordinaria y tan extraordinaria, tan envuelta en la sencillez de una madre, de una familia, de un pueblito, y a la vez tan entrelazada con la obra más trascendente y misteriosa de la historia. *Madre nuestra, ¡enseñanos a buscar la santidad en la sencillez de nuestro diario vivir!*

¡Ave María y adelante!

Lectura recomendada:

San Alberto Hurtado, *Nuestra imitación de Cristo*. (Ver [AQUÍ](#))

Ver todas las lecturas recomendadas, [AQUÍ](#).

⁴ CHESTERTON, *Biografía de Santo Tomás*.

⁵ *Homilía del Santo Padre Benedicto XVI en Plaza Garibaldi – Sulmona*, domingo 4 de julio de 2010.